

cuidado con dejaros seducir por la falsa filosofía! *Videte ne quis vos seducat per philosophiam.* He aquí en este cuadro lo que es: *Inanem fallaciam*: nada de verdad, nada de felicidad, nada de Dios, nada del hombre. ¿Quereis luces divinas? ¿Quereis placeres inefables? Venid á ese altar santo; adorad á ese Dios y hombre crucificado; él es la verdad de Dios; él es la felicidad de Dios, que es mi

#### SEGUNDA PARTE.

Es así, y diga lo que quiera el deista incrédulo, cuando el cristiano arrodillado al pié de ese altar santo protesta su creencia á los dos profundos y capitales misterios del culto católico; uno sombrío y terrible, el pecado del hombre; otro augusto y divino, su redencion por la muerte de un Hombre-Dios, ni es el juguete de miserables preocupaciones, ni la víctima imbécil de un sacerdocio ó iluso ó mentiroso. Sabe que el objeto de su fé, aunque no evidente, es infaliblemente cierto, y que si en testimonio de respeto á la autoridad divina, debe creer á Dios sobre su palabra eterna, puede y debe examinar si se ha dignado revelarla para salvar así los fueros de su razon. Su culto es un obsequio, pero un obsequio racional, dice el Apóstol. ¿Racional el culto del cristianismo? Sí, lo es; y no desde hoy que la flor de las mas grandes inteligencias ha demostrado cuanto es susceptible, su verdad, y millones de testigos la han rubricado con su sangre; no desde hoy que está salvando al mundo del horroroso escepticismo, con la fuerza misma que en los primeros siglos lo libertó de la barbárie; no desde hoy, que ha hecho envainar la espada al tirano que lo persigue, y reducir á silencio al

sofista que lo calumnia, y que en fin, triunfante de todos los poderes, del poder físico, del poder filosófico, confederados para perderlo, disfruta glorioso de la posesion pacífica de mil ochocientos cuarenta y cinco años. El culto del cristiano es racional desde el primer dia de su publicacion; dia grande, escrito en la única página de oro de los siglos, en que en un afrentoso patíbulo muere Jesus de Nazaret. Porque es ya desde entónces la tradicion universal de todos los pueblos, especialmente del judaico; el objeto final de sus monumentos, únicos originalmente erigidos con el carácter de typicos y transitorios; y sobre todo, el testo de sus libros únicos en quienes se descubren caracteres de divinos.

Si la rapidez del tiempo me permitiera ir desenvolviendo cada uno de estos brillantes testimonios, comenzando por el primero, veriamos á Adan, nuestro comun padre, ir derramando por su culpa dos torrentes de lágrimas, consolado empero con la esperanza de su redencion por un Salvador futuro; á Noé, al salir de la arca salvadora de las aguas del diluvio, vez á vez indicándonos acá en la tierra la sangre del Cordero inmolido para aplacar la justicia eterna, allá en los cielos en arco de brillantes colores, como un monumento levantado por Dios mismo para perpetuar su grata memoria. Presenciaríamos en los campos de Senar la division de las familias por todo el orbe, y á todo el orbe llevar esta tradicion sus diversos gefes; conservar la los descendientes de Cham y de Jafet, aunque bajo un fondo nebuloso, en sus sacrificios expiatorios y el descenso de sus inmortales; conducirla íntegra é ilesa los de Sem y Heber, hasta convertirla de verdad tradicional en verdad monumental.

Sí, ya Dios se formó de Israel una nacion. No es ya,

pues, una familia la depositaria de esta promesa consoladora; eslo un pueblo: ni se trasmirá en lo sucesivo por la sola memoria de los hombres; la perpetuarán sus monumentos, que para consolidarlos como en una basa de granito, irán siempre ligados á los acontecimientos mas plausibles é importantes de la misma nacion. ¿Cuál mas grato que el de la libertad? ¿Cuál mas importante que el de su constitucion? Pues marcharán ámbos á la par; el primero, con la festividad de la Pascua, es decir, la de la sangre del Cordero, que allá en Egipto libró á Israel de la espada del ángel esterminador y de la ominosa servidumbre de los Faraones; el segundo, con la de Pentecostés, es decir, la de la sangre del Cordero, que recogida por Moises en copas de oro, roció con ella el tabernáculo, los vasos del ministerio, y sobre todo, el libro de la ley, que con este acto recibió su sancion divina. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué, la sangre de un ser irracional da la libertad de los pueblos, da la sancion de las leyes? No, ni jamas lo entendieron así los israelitas; quiere esto decir, que ese Cordero era puramente tipico, pero del que saltan rayos de luz que iluminan las sagradas tinieblas del objeto de nuestro culto. Empero como estos monumentos, aunque importantes, y queridos de la nacion judaica, y por tanto de perpetua memoria, apenas dibujen los contornos de esa verdad divina; para revestirla de un colorido brillante, darle bulto y formas perfectamente definidas, y sobre todo para anunciarla por todo el mundo, pues que á todo el mundo debe evangelizarse, menester era que esa verdad monumental se consignase ya en los fastos de la historia.

Pues ya Dios en Israel se formó grandes escritores. Tomad en vuestras manos cualquiera de sus libros, los de su historia, por ejemplo, y desde luego vereis que

sus autores sagrados para inculcar la importancia del culto religioso, á él, como á causa principal y única, refieren, no ya solo la independencia y legislacion de Israel, sino todos sus acontecimientos. ¿Salmanazar, Nabuco, Antioco, conducen prisioneros á los reyes y sus pueblos? Es porque en la profanacion del altar estaba escrito el decreto de su cautiverio. ¿Cien israelitas ponen en vergonzosa fuga á diez mil incircuncisos? Es porque estaban apoyados en el altar santo; es porque el arca de la alianza presidia á sus ejércitos entónces invencibles.

Dad ahora una ojeada, aunque rápida, á sus libros sapienciales; y si os sorprendeis al ver el desden con que miran las leyes generales del movimiento y de la materia, de que hacemos tanto mérito, y por cuyas nociones, que apenas tocan las superficies de los cuerpos, estamos tan enorgullecidos; no váyais á precipitar vuestro juicio, no váyais á atribuir ese desden á ignorancia de aquellos escritores: plumas eruditas han demostrado su saber en esta línea de los conocimientos humanos. Solo contemplaron á los séres, como el término inmediato de la causa omnipotente y primera, dice un autor profundo, porque el culto era y debia ser el tema de sus escritos inmortales. Por eso no vieron en los cielos sino el pabellon de Dios; en la luz su vestido; en la tierra el escabel de sus piés; en el rayo y las tempestades, sus mensageros y heraldos. Y cuando arrebatados por el estro mismo de ese culto divino, se levantaron á la sublime esfera de las inteligencias, contemplaron la esencia infinita, su bondad sin límites, su justicia inescusable, los grandes objetos finales de la creacion del hombre, su caída y redencion, entónces preludiaron esas odas líricas, cantaron esos himnos épicos, tradujeron pensamientos divinos en un lenguaje todo divino.

Pero en donde, por fin, viene ya á descubrirse á toda luz el importante objeto que en los planes de la Providencia divina debe llenar su pueblo sorprendente, y único en la historia de las naciones, es, sin duda, en los libros de sus profetas. Espontáneamente y sin tortura, su letra está ofreciendo la prueba mas luminosa de la divinidad de nuestro culto, tanto que á su simple lectura, se cree oírlos hablar de esta manera.—La justicia eterna aun no ha recibido una satisfaccion condigna á su ofensa infinita: los innumerables sacrificios que se le han ofrecido, y los que todavía pudieran ofrecérsele hasta la consumacion del mundo, serian absolutamente impotentes á este grandioso objeto. ¡La deuda humana permanecería siempre, siempre insoluta! Pero ¡consolaos, mortales! Concebirá una Virgen; parirá un Hijo que morirá en un afrentoso patíbulo, y su sangre preciosa aplacará, por fin, la eterna justicia. ¡Esa víctima expiatoria es un Hombre-Dios! ¿Os parece incomprendible este misterio? Comprendaislo ó no, Dios lo ha revelado. Probaros la verdad de este hecho, es lo solo y único que puede demandar vuestra razon. Pues para que sepais que cuando os lo anunciamos, Dios está en nosotros, y su luz inefable ilumina nuestras almas, á su escelso nombre nosotros os pronosticamos acontecimientos futuros. Su verificativo: he aquí la prueba.—De facto, estos vates divinos revelan sucesos, colocados allá en la oscura lontananza del porvenir, y dependientes de agentes libres, y no de privado sino de público interes, y no para una, sino para todas las naciones del orbe; y de facto, todas esas profecías, á la letra, á la letra tienen su testual cumplimiento. ¡Qué de satisfactorio puede contestarse á este argumento invictísimo! ¡Qué las profecías se escribieron á golpe seguro des-

pues de los acontecimientos? Pero esta respuesta ha sido plenamente contestada por la crítica mas severa, que con tal evidencia las ha demostrado coetáneas á la data misma á que se refieren, que á su luz han rindiéndose eruditos profundos, aun tocados del vértigo de la incredulidad. ¡Qué mas? ¡Qué entre la profecía y la historia hay una coincidencia casual? Un argumento frívolo no merece respuesta. ¡Coincidencia casual entre un sin número de profecías, y un sin número de acontecimientos? ¡Qué absurdo! Las relativas á la sola persona del Hombre-Dios, demarcan con tal exactitud, indican con tal claridad su nombre, el lugar y época de su nacimiento; el tenor de su vida y sus peregrinaciones; los principios generales de su doctrina, su muerte y el género de ésta; sus jueces y el carácter dominante de cada uno de ellos; los grandes y trascendentales acontecimientos que deben preceder, y los que deben suceder á esta sangrienta catástrofe, que despues de consignados en los Evangelios todos estos hechos, se descubre una identidad tan cabal y omnímota entre la profecía y la historia, que con solo el cambio de las datas, el libro profético se halla convertido en un libro verdaderamente histórico. No, repitámoslo, aquí no puede haber una coincidencia casual; esto es imposible; sería ménos absurdo pretender formar el Evangelio arrojando á la ventura los caracteres de una imprenta.

¿Y qué concluir de aquí? ¿Qué inferir de todos estos brillantes testimonios? Que nuestro culto religioso, y á no contemplarlo sino como un simple hecho, es verdaderamente divino, puesto que es el resultado de su plan general, de ese plan grandioso concebido allá desde la eternidad, y constantemente seguido por la Providencia divina en el largo periodo de cuarenta siglos;

puesto que á él, como á su centro, vienen á referirse cual otros tantos radios, todos los dogmas y todos los preceptos, y la ereccion y caida de los imperios, y todos los acontecimientos del universo; por manera que Jesucristo, su autor, al morir en una cruz para establecerlo, pudo decir, y de facto dijo la expresion mas sencilla, esta verdad la mas profunda: ¡¡Todo está consumado!!

Todo está consumado: resolvióse el gran problema del universo. ¿Un Dios Hombre muerto en un patíbulo es el hecho de los siglos? Luego un Dios Hombre muerto en un patíbulo es el centro de accion de las operaciones de Dios; la razon de Dios; la sabiduría de Dios; el principio luminoso de las ciencias, que difundiendo por el orbe, trascendiendo hasta la misma esencia divina, no hay oscuridad que no ilumine, duda que no disipe, contradicciones aparentes que no concilie, consecuencias ulteriores que no contenga como en germen fecundo é inagotable. ¿Dónde están los sábios? ¿Dó los filósofos? ¿Dó los escritores que el mundo llama de primera orden, que sin la intervencion del misterio de la Cruz, hayan, no ya poseido la ciencia en su plenitud, sino iluminado por lo ménos alguna de sus cuestiones? Génios profundos en el estudio de la naturaleza, jugaron en los aires como las aves del cielo, analizarán cuerpos impalpables, arrancarán á la nube el rayo esterminador, pesarán en sus balanzas astronómicas esas enormes masas, que á miles de miles de leguas gravitan sobre nuestras cabezas; pero ni los hijos de Agar que buscan la prudencia, ni los negociantes de Téman, inventores de una inteligencia nueva, ni los gimnosofistas y bramines, ni los magos y oráculos del Pórtico y de la Academia, ni filósofo alguno, ora antiguo, ora moderno, han podido hasta ahora decirnos, ni

quién es Dios, ni quién el hombre. Repítolo, yo no calumnio á la razon humana; es la historia de sesenta siglos, la que voz en cuello está clamando que la filosofía se ha perdido siempre en un laberinto de miserables hipótesis, que sin cesar inventa para la solucion de las dudas, que cual un denso velo cubren esos dos grandes objetos; dudas profundas, pero concretadas á hechos, y á hechos difundidos por todo el orbe, y que interesan todo nuestro ser.

Empero la Iglesia católica que sola escucha la voz de aquel que ha cimentado la tierra en el vacío de los aires, envía la luz, y ella parte al momento: conoce á los astros por sus nombres; los llama, y ellos contestan aquí estamos: la Iglesia católica que sabe, y evidentemente sabe, que Dios comunicó la sabiduría á Jacob su siervo, y á Israel su amado, y que despues de esto se dejó ver sobre la tierra y conversó con los hombres, no conociendo, ni queriendo, ni necesitando conocer otra ciencia que á Jesucristo, y éste crucificado. . . . lleva en sus manos la llave de oro para penetrar en el santuario de todos los misterios de Dios, del hombre y de la sociedad.

A su escelso nombre puedo yo ahora preguntar: ¿De cuál de estos misterios se demanda la esplicacion? ¿De los de Dios? ¿Del que tanto ha agitado á los mas grandes ingénios, á saber es, la ecsistencia del mal moral sobre la tierra, bajo el gobierno de un Dios justo y santo? Pues en un Dios Hombre muerto en un patíbulo teneis la resolucion de ese gran problema; á la fúnebre luz del rayo que el padre lanza sobre su propio hijo, é hijo del hombre, veréis, y que el mal se introdujo en el mundo por el pecado, y que solo pudo ser expiado por la muerte de un Dios. ¿Quereis conocer al hombre? ¿Que-

réis saber por qué en un ser único, tantos combates, y tantas contradicciones? Pues en un Dios Hombre muerto en un patíbulo, lo veréis criado en los resplandores de la justicia original, y llamado á grandes y sublimes destinos; empero que pecó, y en su delito conoceréis el origen de todas sus miserias; empero que fué redimido, y en este dogma inefable de la reversibilidad de los méritos, el principio de su grandeza. Indagad si quereis, cuáles son los deberes que lo ligan en todas relaciones, y yo volveré á deciros: en Jesus redentor encontrarás su tipo; y que como Jesus debe morir, si fuere necesario, por cumplir los mandamientos de Dios; y que como Jesus, la obediencia y la humildad deben ser sus primeras virtudes; y que como Jesus, el mundo todo ha de ser el objeto de su caridad.

Así debe ser. Donde está la inteligencia, donde la sabiduría, dice el profeta Baruc, allí está la longevidad de los estados y allí la paz del hombre. Luego si un Dios Hombre muere en un patíbulo, es el principio luminoso de toda verdad, es tambien el origen fecundo de la felicidad universal. Por eso es, que uno de los escritores de nuestros santos libros, del altar del Corde-ro ha visto brotar ese rio caudaloso y perenne de luz y fuego que ilumina y fecunda al mundo, y por eso es que de ahí han salido esos apóstoles evangelizadores de la única nueva que ha cambiado en mejor la situación de la especie humana; esos escritores inmortales que lo salvan en los primeros siglos del paganismo, en los medios de la barbárie, en el décimo nono de esa mortífera que mina aun los principios conservadores de las sociedades; esos héroes y heroínas á cuya caridad activa y vigilante no se oculta una sola lágrima que no enjuguen, un solo dolor ó físico ó moral que no consuelen. Es Jesus

Dios Hombre crucificado, el que consagrando la autoridad, puso una fuerte barrera al despotismo; santificando la obediencia, sufocó la anarquía; proclamando la caridad, aniquiló el egoismo, enemigo nato de las sociedades. Hé aquí los verdaderos principios constitutivos de las naciones (\*). Es Jesus Dios y Hombre crucificado, quien manumitió al esclavo, rompió el libelo de repudio, destruyó la poligamia, llamó al hombre y á la muger á la igualdad de obligaciones y derechos. Hé aquí los verdaderos elementos de felicidad doméstica. Es Jesus. . . .

¡Virgen Santa! ¡Ilustre Clara! El culto, el culto, objeto querido de tu corazón, invoca hoy tu testimonio. Baja de los cielos con tu escuadrón de vírgenes. Ven á este santo templo. . . . Pero no, quédate allá á bendecir las misericordias eternas. El testimonio que de tí invoco, daránlo acá esas tus hijas. Él será tanto mas pleno y satisfactorio, cuanto que el mundo las reputa por las mas desgraciadas víctimas del fanatismo. ¡Oh si él pudiera comprender los placeres inefables de que se embriagan sus almas, cuando arrodilladas al pié de ese altar santo, toman en sus manos la venerable efigie del Salvador crucificado, coronado de espinas, herido de la planta de los piés á la coronilla de la cabeza; lo estrechan contra su corazón, lo besan tiernamente, lo riegan con dulces lágrimas; ó cuando todavía mas felices, ardiendo su pecho á los fuegos de un violento y casto amor, se acercan á la mesa eucarística, abren sus labios. . . . pero basta, el alma se ahoga al solo recuerdo de tantas delicias.

[\*] La Sagrada Comunión, dice un escritor clásico, vale una legislación toda entera.

¡Gran Dios! con la mas viva espresion de reconocimiento y amor, te doy gracias eternas porque has enriquecido al hombre con el don escelso de la razon, vivo rayo de la tuya infinita y soberana. Pero si por él, coronándolo de honor y gloria, lo has constituido el rey de la naturaleza; por él, todavía mas eminente es su fé á la infalibilidad de tu palabra eterna, lo asocias á los planes de tu Providencia divina, nómbraslo el consejero de tus soberanos decretos, lo haces tu amigo, pues nada le has reservado de esas verdades celestiales, que renovando todo su saber, iluminan su entendimiento para conocer los altos misterios de nuestro culto; encienden su corazon, deificanlo, pues que en él engendran la bondad, ese atributo constitutivo de tu esencia inefable, Gloria, honor, salud y bendicion á tí ¡oh Dios crucificado, Rey inmortal de los siglos! Dígnate ahora te ruegue y humildemente pida impartas tu bendicion santa á este religioso monasterio y su piadoso ecónomo, por haberse erigido ese altar para reproducir el sacrificio de la Cruz, por el que salvaste al mundo: estiéndeles ¡Señor! á nuestros superiores, así eclesiásticos como civiles, Para que su corazon arda siempre, y viva eficazmente en el amor á nuestros religiosos misterios, que santificándonos acá en la tierra, nos levantes á los cielos, á alabarte por los siglos de los siglos.

